



Actas de las VII Jornadas de Investigación en Filosofía para profesores, graduados y alumnos

10, 11 y 12 DE NOVIEMBRE DE 2008

Departamento de Filosofía
Facultad de Humanidades y Ciencias de la Educación
Universidad Nacional de La Plata
ISBN 978-950-34-0578-9

Problematizaciones, crítica y verdad.

Mariano Iriart
UNMDP

“(Ésta) es la ironía de los esfuerzos que hacemos para cambiar nuestro modo de ver, para modificar el horizonte de lo que conocemos y para intentar lograr verlo en perspectiva. ¿Condujeron efectivamente a pensar de otro modo? Quizá, cuando mucho, permitieron pensar de otro modo lo que ya pensábamos y percibir lo que hicimos desde un ángulo distinto y bajo una luz más clara. Creíamos alejarnos y nos encontramos en la vertical de nosotros mismos. El viaje rejuveneció las cosas y envejeció la relación con uno mismo”.

MICHEL FOUCAULT *El uso de los placeres.*

Introducción:

El objeto de estudio en las investigaciones de Foucault.

Este trabajo es parte de uno más general en el que intentamos responder a la cuestión relativa al modo adecuado de concebir la naturaleza del objeto de estudio en las indagaciones de Michel Foucault y establecer su relación con la tradición filosófica denominada crítica. Se expone, allí y acá, un ejercicio de escritura, que recoge y elabora una experiencia de lectura, dedicada a la búsqueda de una forma de expresión “más abarcativa y más coherente”, para denominar, en su peculiaridad, el conjunto de investigaciones por él llevadas a cabo.

MICHEL FOUCAULT (1926-1984) Intelectual crítico francés del siglo XX, historiador de los modos de pensamiento que han contribuido a la formación de la modernidad europea, a partir del siglo XVII y fundamentalmente durante los siglos XVIII y XIX. Fue profesor en el Collège de France desde 1970 hasta su muerte, autor

de 9 libros, varios ensayos, breves estudios, dictó cursos en diversas partes del mundo, participó en numerosas conversaciones y entrevistas. A 10 años de su fallecimiento, bajo el título *Dits et Écrits*, fueron editados cronológicamente y publicados en cuatro volúmenes, el conjunto de todos esos trabajos realizados y hechos públicos en vida. Además, desde 1997 vienen presentándose los cursos de su cátedra “Historia de los sistemas de pensamiento”¹, un deseo que sólo pudo satisfacer post-mortem. Por lo demás, permanece inédito por prohibición testamentaria “Las confesiones de la carne”, proyectado cuarto volumen de la serie *Historia de la sexualidad*. Multiplicidad de inscripciones que canalizan distintas alternativas de una actividad compleja y un emprendimiento sostenido, el carácter de lo que él ha denominado *su* empresa: ***desbrozar lineamientos para una política de la verdad***.

Su empresa no es su obra: En “¿Qué es un dispositivo?”, Deleuze señala que para una filosofía del dispositivo, tal como la ensaya Foucault, su obra escrita es sólo la mitad de su tarea, la parte que descubre y describe líneas de estratificación. La otra mitad requiere un modo de expresión completamente diferente que, destaca, ha llegado a trazar en sus entrevistas: líneas de creatividad y de actualización (cfr.: *QD*, p.161). Sin embargo, debemos hacer jugar también un tercer conjunto, o un modo de integración a otro nivel, que son el dictado de sus cursos, cuyo valor para acceder a una profunda comprensión de la tarea del (dispositivo) pensar, tal como la concibe Foucault, es insoslayable.

Puede leerse en la “Advertencia” que precede a sus cursos publicados:

Michel Foucault aborda su enseñanza como un investigador: exploraciones para un libro futuro y también desciframientos de campos de problematización, que solían formularse más bien como una invitación lanzada a eventuales investigadores.

Sus cursos suponen un régimen discursivo específico en el conjunto de los “actos filosóficos” efectuados por Michel Foucault. Pues en ellos exhibe, de modo magistral, el funcionamiento integrado del conjunto de su empresa. Cabe concluir al respecto que sólo sus cursos son auténticos y completos “dispositivos”, en los que encuentran todos sus grupos, explicitación.

Esta pluralidad de registros en los que inscribe su discurso, testimonia y perfila un modo de calibrar la dificultad para determinar unívoca y precisamente aquello que

vendría a configurar su objeto de investigación. Por otro lado, su pensamiento, cuyo estilo no resiste las clasificaciones, por lo que permanece esencialmente abierto; todavía, para sus actuales lectores, llega sin haber presentado importantes filones de su recorrido.

Las formas de problematización.

Trataremos de examinar aquello que, a nuestro juicio, mejor define “la empresa de Foucault”, en tanto exhibe de mejor manera la relación fundamental entre el pensamiento y la realidad. Vamos directamente a hablar de las “problematizaciones” como el objeto muy complejo al que refieren todos sus estudios.

Aparecen como relevante y con significado autónomo en la formalización foucaultiana hacia la última etapa de su producción intelectual, fundamentalmente a partir de la publicación de *El uso de los placeres*, de 1984. En el texto que hace las veces de introducción, publicado un año antes, se refiere insistentemente a **las formas de problematización**, redirigiendo esta vez hacia ellas todas sus investigaciones anteriores. El estudio de las problematizaciones consistiría en el análisis de las correlaciones entre los tres ejes constitutivos de la experiencia que Foucault ha desarrollado en sus obras, a saber: campos de saber, formas de normatividad y modos de subjetividad; susceptibles de ser cada uno analizado también en su especificidad².

Por lo pronto, no debe inquietarnos la contradicción aparente que consiste en atribuir como “su objeto de siempre” a las problematizaciones, que aparecen en su vocabulario³ tardíamente y como resultado de una profunda modificación. Al contrario, hay que atender, por una parte, que estas modificaciones atañen sólo a la época y al material sobre el que ha de ejercer su peculiar oficio, el que será puesto a prueba en un contexto totalmente distinto. Y por otra parte, considerar a este concepto como el resultado de una larga búsqueda. Disponer de una noción general para denominar el objeto de una historia de los sistemas de pensamiento, ha sido para Foucault una cuestión permanente. Al menos, nunca cesó de retomar sus anteriores investigaciones, diferenciándolas respecto de otras a las que de lejos se les parece, reorientándolas en función de nuevos órdenes, estableciendo otras conexiones, señalando algunos defectos, reestructurándolas en procura de una mejor visión del conjunto.

Lo curioso es que él, el impersonalísimo a la hora de dedicarse a su objeto, mantuvo con un autor de manera constante y explícita un diálogo tenso: con Foucault mismo. Esa figura de “Foucault lector de Foucault”⁴, adornada con la entrada firmada por Maurice Florence, es testimonio de este interés. Sin embargo, sería un lamentable error suponer que Foucault lee a Foucault porque encuentra en él un autor particularmente inteligente o pretender extraer de ese hecho razones para hacer alguna afirmación respecto a su persona. Hay que observar, en cambio, que se trata de responder a una exigencia: la práctica de una práctica filosófica: el trabajo del pensamiento sobre sí mismo para pensar de otro modo. En ese movimiento ascendente, o descendente tal vez, a veces, en todo caso, “vertical”; en esa “relación sagital” de pensar el pensamiento que piensa el pensar, localiza finalmente a las problematizaciones, noción que proporciona la forma común a todas las investigaciones, anteriores y actuales. Es “el precio y la recompensa” de la aplicación de la arqueología y la genealogía a una investigación crítica del pensamiento.

§ Debemos, ante todo, despejar la objeción que resulta de atribuir un universal como objeto, tratándose de Foucault. Sin embargo, atendamos que se trata de un “universal paradójico”, en tanto que en él se expresa el *rechazo a todos los universales*: no importa que siempre se haya hablado alrededor de las mismas existencias: lenguaje, locura, crimen, moral sexual, poder sobre la vida y la muerte, etcétera; lo destacado es que se lo ha venido pensando de modos distintos (experiencia). Una problematización definirá, precisamente, las distintas configuraciones históricas que remontan y transforman un problema. La pregunta que orienta la investigación dirigida a las condiciones de una problematización sería “¿por qué *esa inquietud* tan insistente, aunque variable en sus formas y en su intensidad?”⁵.

‘El trabajo de Foucault’, ‘los estudios o investigaciones de Foucault’, ‘*sus* objetos ovillados’, lo que incesantemente ha tratado de conquistar para el pensamiento, son las formas de problematización históricas y la constelación de prácticas, actos, instituciones, etc., en que se efectivizaron. Podemos reparar, entonces, en que aún antes de definir su objeto, las “problematizaciones” señalan, a la vez, una dirección para el pensamiento: hacia su exteriorización en las prácticas y en su vinculación a los “juegos de verdad”.

En síntesis, hacia la última etapa de su producción intelectual Michel Foucault nos habla en forma muy explícita de las **problematizaciones** como aquello hacia lo que ha

dirigido, desde siempre, sus investigaciones. Es la *precisión* del objeto de análisis envuelto en un tipo de estudio aplicado a un dominio empírico, asociado a determinados conjuntos prácticos.

Problematizaciones y prácticas.

Procuremos ahora concebir la tarea que compete al historiador de los sistemas de pensamiento, al nivel de lo que deja constancia que ocurrió.

“Problematizar” define con toda naturalidad el elemento propio del pensar; distingue a la “historia del pensamiento”, en contraposición a la historia de las ideas, de las mentalidades, de la vida privada, de las instituciones, incluso del sujeto. Foucault reflexiona:

después de todo, ésta es la tarea de una historia del pensamiento, por oposición a la historia de los comportamientos o de las representaciones: definir las condiciones en las que el ser humano “problematiza” lo que es, lo que hace y el mundo en el que vive⁶.

Las comillas pertenecen al autor y tienen también su importancia. En primer lugar, no nos dice aquí qué son las problematizaciones, pero determina su posición estratégica: aun cuando no sepamos qué es una problematización, o lo que hacemos cuando “problematizamos”, notamos enseguida su aporte a esta definición de la tarea de hacer una historia de los sistemas de pensamiento. En esta definición, “problematiza” ocupa el privilegiado lugar del *objeto*: son las *condiciones* de cada “problematización” las que se presentan como relevantes para la determinación de lo que es de interés para un tal investigador. Las comillas nos indican, también, el carácter peculiar de este concepto, pues no es una abstracción referida a algo particular en el mundo, interno o externo, sino que señala una dirección al pensamiento hacia aquello que lo hace surgir, que suscita su atención y su inquietud. Es preciso reconocer, para completar este preliminar análisis de la tarea que al estudioso de las problematizaciones compete, el *carácter experimental* de esta interpretación. Se ejerce naturalmente sobre los “constituyentes”

de la experiencia vivida, lo que Foucault denomina “prácticas”: lo que se hace, lo que se dice, cómo se vive. De esta manera, por su dominio, la problematización se haya sometida, y es otra de sus características, a la demostración de la efectividad histórica.

En síntesis y añadiendo otras cosas que no desarrollo aquí por falta de espacio o para ocuparlo en considerar particularmente las relaciones que establece con la verdad principalmente y la crítica mencionadas en el título de la presentación, diremos que una problematización posee un estatuto complejo y ambiguo; consiste a la vez en un principio metodológico, constituye el objeto y el instrumento de análisis, se inviste en dirección a algo existente, en forma de actividad, que puede ser captada en la experiencia, y es susceptible de una descripción de tipo filosófico a partir de un procedimiento crítico. En el juego de sus diferentes aplicaciones, la noción se vincula al *campo metodológico*, asociado a las tareas negativas, esenciales y previas, al despliegue arqueológico y genealógico de estudio; posee un *valor epistemológico*, como objeto teórico, herramienta resultante de la elaboración de dichos estudios; exhibe, además, una *dimensión ontológica*, en relación al modo de darse (el ser) algo verdadero al pensamiento. Finalmente, y en tanto actividad (ontología), aparece vinculada a una *actitud*, que no es meramente el rasgo típico de una ética de intelectual, sino el *ethos* filosófico típico de la modernidad, que concibe la **labor** misma de la filosofía: *pensar por pensar*.

§

Roger Chartier, en particular su libro *Escribir las prácticas*, considera la posibilidad de postular las problematizaciones como el tema general de todos los escritos de Foucault, pero la descarta inmediatamente en beneficio de los “juegos de verdad”. Al menos ha tomado en cuenta la relevancia que Foucault les confiere, sobre todo en ese ensayo que servirá de prólogo al segundo, tercero y cuarto volumen de su historia de la sexualidad, que es el prefacio a *El uso de los placeres*. Al respecto, y luego de registrar el uso tardío “siguiendo el índice de *Dits et écrits*” (?), afirma:

Una problematización se caracteriza por dos rasgos: la construcción en una radical discontinuidad de categorías y preguntas (...); la sumisión a los criterios del discurso verídico (...)⁷.

En apoyo a esta caracterización, cita una entrevista de François Edwald, publicada en mayo de 1984, *Le Magazine littéraire*, 207: “Le souci de la vérité” (DÉ, t. IV, pp. 668-678). Allí Foucault define el “concepto que ha devenido esencial”⁸, del siguiente modo:

“Problematización no quiere decir representación de un objeto preexistente, ni tampoco creación por el discurso de un objeto que no existe. Es el conjunto de las prácticas, discursivas o no, que hace que algo entre en el juego de lo verdadero y de lo falso, constituyéndolo como objeto para el pensamiento (ya sea bajo la forma de la reflexión moral, del conocimiento científico, del análisis político, etcétera)”⁹.

Varias cuestiones interesantes surgen de esta definición textual de Foucault. En relación a los caracteres definatorios identificados, el que indica “sumisión” de las problematizaciones a la verdad, parece adelantarnos “su clave” de “los juegos de verdad” para llevar a cabo una lectura de Foucault “de manera más abarcativa, más coherente, a la espera de otras reconstrucciones que sin duda habrían de ser sugeridas por las búsquedas futuras”¹⁰. Sin embargo, y es algo en lo que vale la pena detenerse un momento, tal vez no haya escogido el mejor modo de denominar aquello que liga las problematizaciones a la verdad. La definición que le sirve de sustento, por cierto, nos sugiere otros nombres alternativos al de sumisión, a fin de denominar el específico tipo de relaciones entre ambas: “habilita”, “hace posible”, “permite entrar”, “deja pasar”. Por cierto, no hay sumisión de la problematización a la verdad. Una problematización intenta mostrar, en cada caso, cómo somos constreñidos a la verdad. Pero tampoco hay una sumisión de la verdad a la problematización, ya que no es el modo de problematización lo que indicaría la corrección o validez de una proposición, frase, enunciado, discursividad en general, o conducta, costumbre, acto, etc.

Esta forma de “hacer entrar” nos permitirá comprender que lo verdadero sólo se da al pensamiento a partir de una problematización, que la hace posible y es su condición, no de la verdad que contiene, sino de su posibilidad de aparición, junto a otras, como respuesta específica a un aspecto concreto (y preocupante) de la realidad, en tanto incita, suscita, agrupa, bloquea, en el límite impide, la proliferación de prácticas, sean o no discursivas. Y hay que subrayar que se trata de una verdad que no es puramente teórica, sino que es históricamente construida, como experiencia. Por ello, se podría

decir que una problematización es la condición de enlace entre el pensamiento y la verdad, y que la relación esencial que ha ocupado siempre a Foucault es la conexión entre problematización y realidad, que constituye el *hecho* típico de una historia de la verdad: una problematización que “habilita” discursos verídicos.

Robert Castel¹¹, interesado por las posibilidades del saber histórico, ha colocado en el centro del trabajo crítico efectuado por Foucault a las problematizaciones. Tomando como punto de partida la misma entrevista que Chartier, afirma que la expresión “problematizaciones” es usada por Foucault para designar “un problema en los términos que se plantea actualmente”. Comienza citando a Foucault:

“Parto de un problema en los términos que se plantea actualmente y trato de realizar su genealogía”.

Retomando las características de las problematizaciones reconocidas por Chartier, considero que mediante este giro puede reconocerse la mecánica del primero de los rasgos definatorios de una problematización. En efecto, a partir de esa noción, según Castel, Foucault hace *uso* de la historia de un modo muy diferente al uso del historiador: Foucault tiene por finalidad trazar una “historia del presente”: “la historia está hecha de discontinuidades y rupturas de las que el presente porta la huella y la herida” (p. 69). Tal emprendimiento, según Castel, enfrenta dos grandes dificultades. Por un lado, determinar el comienzo de un problema (69-70). Por otro, determinar el cambio de un modo no evolucionista (70-71).

Llegados a este punto, nos parece una aproximación sugerente postular la siguiente distinción al nivel de aquello que constituye el objeto de análisis de una historia del pensamiento, tal como la entendía Foucault. Sus publicaciones son trabajos de historia pero, más precisamente, de historia del pensamiento. Es en parte tarea de historiador, por el material que analiza y los métodos que emplea; pero lo que en ellos se practica son ejercicios filosóficos.

La labor, así considerada, exigiría distinguir, por el lado de una historia general, cuyo objeto se ajusta a los regímenes de veridicción, una historia que es característicamente política y enraizada en el presente; y por otro lado, a las problematizaciones, esa postura o actitud, casi desapercibida pero esencial, para ejercer el pensamiento en la partición de lo verdadero y lo falso. “Regímenes de veridicción” y

“problematizaciones” son las dos generalidades teóricas que se congratula de haber hallado tras larga travesía, para definir el objeto complejo que recorta *su* historia del pensamiento, en tanto consiste en una “historia política de la verdad”. Entre ambas generalizaciones, en tanto conforman un mismo dominio, el de los “conjuntos prácticos” que definen la experiencia, lo que podemos deducir es una diferencia de nivel, consecuencia de las distintas aplicaciones que mencionamos: la diferencia en la ascensión método-epistemológica, por una parte, de la dimensión ontológica o “ética”, por la otra. Lo que aquí importa destacar, sirviéndonos de nuestra distinción, es que para Chartier y también para Castel el primer modo de articulación es predominante. Por esa vía profundizan en una historiografía muy peculiar vinculada a los “juegos de verdad”, a los que las problematizaciones (junto a todo lo demás) se hallan sometidas o en la que designan, “apenas” una rigurosa ética de intelectual.

Sin embargo, como reconoce Veyne, no era el interés de Foucault enseñar a los historiadores su verdadero oficio. Su empresa

[...] es más curiosidad por el pasado que historia y merece el nombre de filosofía porque es, indirectamente, una reflexión sobre nosotros mismos y, además, porque incita a reaccionar¹².

Por lo tanto, hay que intentar avanzar en la otra dirección, filosófica, del ejercicio del pensamiento en el elemento insumiso de la libertad.

Quien, entre los intérpretes, nos abre un camino para la problematización de este *ethos*, y nos lleva a la senda filosófica del estudio de las problematizaciones, objeto de un ejercicio filosófico por parte de Foucault, es Gilles Deleuze, quien afirma:

En realidad, una cosa obsesiona a Foucault, el pensamiento. “¿Qué significa pensar? ¿A qué llamamos pensar? La pregunta lanzada por Heidegger, retomada por Foucault, la flecha por excelencia. Una historia pero del pensamiento como tal. Pensar es experimentar, es problematizar. El saber, el poder y el sí mismo son la triple raíz de una problematización del pensamiento¹³.

De manera que las problematizaciones se colocan inmediatamente, en relación al trabajo del pensamiento, pero no de lo que éste sea en sí, sino de lo que se presenta

como tal, de las intervenciones en la realidad efectiva. Una historia *pero* del pensamiento, que se define como una historia de los procesos de problematización, es decir, por la manera en que ciertos comportamientos, hábitos, conductas, prácticas, fenómenos, etc, se tornan un ‘problema’, son objeto de discursos e intervenciones estratégicas; entran en dispositivos que los definen, objetivizan y atribuyen; son también objeto de ardores y de luchas¹⁴.

Se trata de un movimiento de análisis crítico que trata de captar cómo pueden ser construidas las diferentes soluciones a un problema, pero también cómo esas diferentes soluciones dependen de una forma específica de problematización. Ahora bien, la crítica, así entendida, *no es polémica*. No trata de refutar todas las soluciones posibles, menos una, que sería la única correcta; lo que dice no es por decir que todos se han equivocado de izquierda a derecha. Habrá que mostrar cómo la crítica es, en su funcionamiento, del orden de la problematización. Esto es: histórica y experimental a la vez.

Una efectiva problematización por el pensamiento funciona siempre como una réplica a una situación concreta que es real. Pero tenemos que entender claramente que una problematización dada no es efecto o consecuencia de un contexto histórico o situación, sino que es una respuesta dada por individuos definidos (aunque se pueda encontrar la misma respuesta dada en una serie de textos y en cierto punto la respuesta puede volverse tan general que sea incluso anónima).

El análisis de esta réplica orientando la investigación, no busca hallar la solución de un problema actual en otra solución que se le habría dado a otro problema en otro lugar y en otra época; apunta a trazar “los límites actuales de lo necesario”. Retoma y transforma el motivo crítico de un tipo de interrogación arraigado en la *Aufklärung*, que problematiza a la vez la relación con el presente, el modo de ser histórico y la constitución de uno mismo como sujeto autónomo. La transforma, en el sentido que este trabajo filosófico ya no asume la tarea a priori de fijar los límites de lo que es posible conocer. Implica, por el contrario, una serie de investigaciones históricas plantadas hacia lo que ya no es imprescindible para la constitución de nosotros mismos como sujetos autónomos¹⁵. El trabajo crítico hoy no implica la fe en la Ilustración; ya no es necesaria. No obstante, en parte lo determina, en tanto “*sigue necesitando el trabajo sobre nuestros límites, es decir, una labor paciente que le dé forma a la impaciencia de la libertad*”¹⁶.

Conclusión:

Pensar no es el ejercicio natural de una facultad. El pensamiento no es una estructura formal autosubsistente, que sólo se relacione consigo misma. Ni añadido a la conducta, reconcilia las representaciones que subtiende, le encuentra un fin y la llena de sentido. Pensar es, por el contrario, tomar distancia en reciprocidad a cierta manera de hacer o responder, para ofrecerla al pensamiento, interrogándose sobre sus sentidos, sus condiciones o sus fines. Es lo que Foucault llama “trabajo del pensamiento”: el movimiento por el cual aquello resulta indiferente o se lo remarca y refleja como “problema”.

El trabajo de la reflexión filosófica e histórica se instala en el campo de trabajo del pensamiento en la condición que recobramos de la problematización, no como un ajuste de representaciones, sino como un trabajo del pensamiento¹⁷.

El “objeto de estudio” de una “historia del pensamiento”, en la medida que se refiere a algo diferente de las ideas, las conductas o las representaciones, es el de las condiciones de problematización que recobran el trabajo del pensamiento, es decir, su acción, que es típicamente una reacción, incluyéndola y diferenciándola entre las cosas del mundo. El pensamiento, para Foucault, es un acontecimiento más. En ese sentido, no ocurre en la cabeza de los sabios, ni tiene que ver con la grandeza de la persona que piensa. Hay que aprehenderlo en donde se hace efectiva su intervención, recuperado de las condiciones históricas que lo hicieron surgir en su singularidad.

Pensar es problematizar, decíamos con Deleuze. Su historia consiste en el relato de los modos en que conjuntos de prácticas no problemáticas, aceptadas sin

cuestionárselas, comienzan a ser reñidas, provocan ciertas reacciones e inducen una crisis en los previamente silenciosos comportamientos, hábitos e instituciones. Las dificultades políticas, sociales, económicas, etc., lo incentivan, pero no la generan ni la determinan en sus formas. Para hacer aparecer la forma de problematización en su efectividad habrá que ver de qué manera el pensamiento cubrirá, recubrirá, partirá, distribuirá objetos, establecerá reglas, señalará sistemas de correlaciones, reflexionará, etc., es decir, hará toda su labor, un trabajo que es eminentemente práctico.

¹Notas:

A partir de 1970, con su ingreso en el Collège de France, es creada la cátedra *Historia de los sistemas de pensamiento*, de la que fue elegido su titular y en la que se desempeñó hasta su fallecimiento. Sustituye la materia “Historia del pensamiento filosófico” que ocupó J. Hyppolite.

² Cfr.: Michel Foucault, “Introducción”, *Historia de la sexualidad II. El uso de los placeres*, Buenos Aires, Siglo veintiuno, 2004 (UP), p. 8.

³ Es notable que los diccionarios especializados de Foucault no tengan entrada para este término. Tampoco el bastante exhaustivo índice de los *Dits et écrits*. A pesar de ello, algunos intérpretes han prestado atención, con dispar suerte, a la posición de las problematizaciones en los conjuntos de estudios diseñados por Foucault. Entre ellos, cabe destacar a Roger Chartier, *Escribir las prácticas: Foucault, de Certeau, Marin*, Buenos Aires, Manantial, 1996; Robert Castel, “Presente y genealogía del presente: Pensar el cambio de una forma no evolucionista”, en *Archipiélago*, N° 47, 2001, pp. 67-75; Gilles Deleuze, *Foucault*, Buenos Aires, Paidós, 1997; Veyne, Paul “Un arqueólogo escéptico”, en *El infrecuente Michel Foucault. Renovación del pensamiento crítico*, AAVV, Buenos Aires, 2004, Letra Viva- Edelp.

⁴ Cfr. Chartier, op.cit., p. 103.

⁵ Cfr.: UP, p.13, subrayado por mí.

⁶ UP, p. 13.

⁷ Roger Chartier, *Escribir las prácticas: Foucault, de Certeau, Marin*, op. cit., p. 121.

⁸ *Ibid.*

⁹ *Ibid.*

¹⁰ *Ibid.*, p. 127.

¹¹ Robert Castel, “Presente y genealogía del presente: Pensar el cambio de una forma no evolucionista”

¹² Veyne, P., “Un arqueólogo escéptico”, op. cit., p.79.

¹³ Gilles Deleuze, *Foucault*, op. cit., p. 151.

¹⁴ Cfr.: Michel Foucault, “Coraje y verdad”, en Tomás Abraham (comp.) *El último Foucault*, Buenos Aires, Sudamericana, 2003, p. 317.

¹⁵ Cfr.: Michel Foucault, “¿Qué es la Ilustración? (1984)”, p. 99-101.

¹⁶ *Ibid.*, p. 111.

¹⁷ “Polémique, politique et problématisations”, en *Dits et Écrits*, París, Ed. Gallimard, 1994, T. IV (§342), p. 598: Le travail de la réflexion philosophique et historique se replace dans le champ de travail de la pensée à la condition qu’on ressaisisse bien la problématisation non comme un ajustement des représentations, mais comme un travail de la pensée.